UDALSCALCO DE AUGSBURGO

Vida de san Conrado

Vita Chounradi

SABBATISMUS

Udalscalco de Augsburgo (fl. 1120–1150)
Vita Chounradi · Vida de san Conrado

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Prólogo

Al santísimo papa Calixto, Ulrico, siervo de la Iglesia de Constanza, con todo el redil de la grey del Señor que le ha sido confiado: los debidos votos de obediencia y de servicio, con instante oración. Con más pronta acción de gracias engrandecemos la clemencia de la mirada divina, que bajo el gobierno de vuestra paternidad consuela nuestros días con muchos bienes, pues nos alegramos tanto de la tranquila situación de las cosas como del nuevo esplendor de los santos con que se ilustran diversas iglesias. Pues así como el esplendor del verdadero Sol ha penetrado muchas regiones del mundo por los méritos de sus elegidos, como por otros tantos rayos, así también, volviéndose hacia nuestro Occidente, ha inundado en nuestros tiempos toda Alamania, con luz no menor, mediante los insignes milagros de Conrado, de feliz memoria, obispo de Constanza. Como, para gloria suya, hubiera ya desde hacía tiempo solicitado con frecuentes cartas la presencia de la Sede Apostólica para que fuese canonizado, según la costumbre de las iglesias, recibí esta respuesta de sentencia inmutable: que su vida había de leerse y aprobarse en un concilio general, y que además debían presentarse allí testigos idóneos de los signos que por él se obran o se han obrado; para que ante tan grandes bene-

ficios de dones celestiales se alzara la reverencia universal de los fieles, y con ello se cerrara la boca a la envidia particular, que ni a los muertos perdona, pues los hechiceros del faraón son vencidos por el dedo de Dios. Por eso me he esforzado por reunir el siguiente opúsculo a partir de las notas de los padres, que contienen la dignísima vida de este varón ante Dios más que sus milagros —los cuales a veces son comunes a los réprobos y a los santos—, y por enviarlo a vuestra Alteza para que lo examine, prefiriendo que un estilo más sencillo quede expuesto a la vergüenza antes que una ciudad que debe ponerse sobre un monte siga oculta por más tiempo en el valle de la torpeza y del olvido. Por último he añadido, de entre los innumerables signos por los que, con testimonio fidedigno, muchísimas naciones se alegran en su memoria, solo unos pocos, no sea que, así como causan gozo a quienes los ven, así engendren hastío por su misma abundancia en quienes los oyen.

COMIENZA LA VIDA

1

El bienaventurado Conrado, pues, nacido de noble estirpe de los alamanes, como un retoño en el paraíso que rompe en flor más abundante, adornó el ilustre linaje de su nacimiento. Pues a quien un alto nacimiento según la carne dio a luz ilustre, la nobleza del espíritu lo hizo aún más ilustre y excelente, de modo que desde sus más tiernos años se entregó por entero a ella. La gracia

celestial acompañaba sus primeros años con los comienzos de las virtudes, y lo que había de llegar a ser se iba ya formando en él, en no escasa medida para su edad. Más tarde sus padres lo entregaron a los hermanos de la Iglesia de Constanza para que fuese instruido en el saber de las letras; recibido en su comunidad por la suerte de Aquel a quien pertenecemos, fue iniciado en el ministerio levítico, para velar junto al tabernáculo que Dios levantó. Tampoco faltó a las entrañas de su alumno la unción del Espíritu, que no permitía que fuese vano el trabajo del hombre que enseña desde fuera, mientras él, como discípulo de Dios, guardaba con más ardor las semillas de toda disciplina liberal, para producirlas un día en fruto múltiple.

2

Pasado en estos estudios el resbaladizo tramo de aquella edad, fortaleció su ánimo con el progreso de un entendimiento y un hábito más sólidos, hasta el punto de templar con el temor de Dios el ardor de la naturaleza corruptible, y así se asentó en su pecho la sede de la sabiduría. Porque, sentado como en el trono más elevado de la gravedad de costumbres, se admiraba, al mirar atrás, de haber escapado con paso indemne del precipicio de la adolescencia; y sin embargo, sin presumir de la inocencia guardada hasta entonces, regía su vida con la observancia de una parsimonia más estricta.

3

Por aquel tiempo presidía la Iglesia de Constanza el reverendo pontífice Notingo, quien, al conocer la conducta loable y honesta de este varón, lo tomó para la obra de su ministerio, a fin de que, como Josué, fuese instruido para ser puesto al frente del pueblo de Dios, y aprendiera cómo, sucediendo al propio prelado como a Moisés, habría de ejercer un día la guía espiritual. Aplicado, pues, a los asuntos públicos y privados del cuidado eclesiástico, como mayor en consejo y más expedito en la palabra por la gracia de aquel de cuya plenitud todos hemos recibido (Jn 1,16), era escuchado por todos con atención vigilante y no sin admiración, pues en cada causa y con cada persona era siempre el mismo para sí, y a los demás les parecía diverso según lo pedía la naturaleza del asunto. Respecto del necesitado y del pobre (Sal 41,2), comprendiendo que existía una indigencia que las riquezas habían alejado de él, deseaba experimentarla por la compasión, teniéndose por más miserable y por inferior si no socorría a cada uno según sus fuerzas. Para todos los oprimidos que en aquel tiempo acudían al obispo en busca de alivio, en él había fácil acceso, en él un abogado no comprado, en él, en fin, un auxilio en sus apuros. Pero como un hombre de tanta virtud debía ser probado en un ejercicio más digno, los hermanos lo eligieron preboste, y con ello se proveyó a la utilidad común. Pues, conforme al honor de la dignidad alcanzada, el bien que hasta entonces había hecho con la voluntad, en adelante lo obraba para con todos con la liberalidad de sus recursos, sobre todo porque

ignoraba la ceguera de la ambición, que sin duda engendra la avaricia; antes bien, cuanto mayor era, tanto más seguía la humildad, tanto más ampliamente abrazaba la benignidad de la caridad. No menos era tenido él mismo por honorable y amable por todos, ya por reverencia a su dignidad, ya por afecto a su paternidad; y juzgaban verdaderamente feliz aquella época en que Dios daba al mundo un hombre de tal ejemplo.

4

Entretanto, el mencionado obispo Notingo, pagando la deuda de la naturaleza humana, murió; y su cuerpo fue sepultado por el santo y venerable Ulrico, prelado de Augsburgo. Este padre de vida admirable, guiado por un oráculo celestial en la elección de obispo para la Iglesia viuda, ordenó un ayuno de tres días a todo el clero y al pueblo, afirmando que era justo pedir con mayor devoción al Espíritu de consejo las decisiones principales en las cosas divinas. Y cuando el día señalado se produjo una gran concurrencia de ambos sexos y de todas las edades, todos aguardaban con gran expectación a quién nombraría el primero el padre Ulrico, lleno de Dios, como pastor idóneo para la grey del Señor. Él, instruido por el Espíritu, exhortó a que se tomase para esta buena obra a Conrado, no solo irreprochable, sino perfecto en todos los rasgos con que el Apóstol describe al obispo. Al punto, esta voz estaba en boca de todos: «¡Conforme al deseo de todos, Dios nos ha dado obispo!» Así Constanza elevó a su Conrado, que se resistía y clamaba que era

indigno, a la cátedra pontificia, y ensalzó hasta el cielo con alabanzas a su elegido. Se alegró el clero de haber merecido tal pontífice, capaz de gobernarlo con prudencia y con providencia, pues una atañe principalmente a este orden, y de la otra tiene él especial necesidad. Pues aunque los hijos de este siglo son más prudentes en su generación que los hijos de la luz (Lc 16,8), su ojo está muy oscurecido respecto de aquella sabiduría que viene de lo alto (Sant 3,17), cuyos rayos iluminan con más claridad a los consagrados a Dios, como a cosa propia. Y su mirada más pura ha de ser guardada por el solícito cuidado de quien los preside, para que no la turbe niebla alguna del tenebroso siglo. Pues la púrpura con que se envuelve el altar de oro del tabernáculo de la alianza no soporta las lluvias, mientras que los sayos de cilicio reciben sin daño la tempestad de torbellinos y aguaceros.

5

Pero, para que la pluma vuelva al nuevo obispo: se alegraba el pueblo de tan eximio pastor, por cuya voz era invitado sin cesar a los pastos abundantísimos de la bienaventuranza celestial, y cuya vida en nada discrepaba de la sana doctrina. Porque, como la gente sin instrucción es tal que, si el predicador no obra conforme a la doctrina que enseña, ni siquiera cree verdadero lo que dice, este doctor de la verdad, este obrero de la justicia, era llevado en alas de la alabanza popular por la recomendación de sus obras, y así ganaba para Dios no pocas almas. Los pobres confesaban haber hallado en él un verdadero padre; en sus

días se enfrió el horno de su miseria, y su desnudez o su hambre eran consoladas por la continua largueza de aquel hombre hospitalario. Para ellos edificó también una casa en la misma ciudad, en la que dispuso que se alimentase de continuo a doce pobres, según el número sagrado de los príncipes de la Iglesia, además de otros que llegaban a toda hora. Por último, los mismos nobles y poderosos del mundo aprendían con su ejemplo a humillarse bajo la poderosa mano de Dios (1 Pe 5,6), y no había ya condición alguna de mortales, de uno u otro sexo, que no fuese instruida por su ejemplo o su enseñanza, o reconfortada por su beneficencia.

6

Además, enriqueció la iglesia principal de la Madre de Dios con un doble tesoro: con abundantes reliquias de santos reunidas de todas partes y con el precioso fulgor de metales, de oro y de gemas. Construyó además tres basílicas, una fuera de la muralla de la ciudad y dos dentro, y las dedicó dotándolas con abundancia. En una de ellas, fundada en honor del bienaventurado Mauricio, adornó en todo su contorno, con admirable obra de orfebrería, un sepulcro del Señor hecho a semejanza del de Jerusalén; y allí estableció también doce clérigos, asignándoles estipendios. Aumentó también el número de los hermanos de la iglesia mayor, entregándoles de sus bienes propios un alodio extenso y memorable, no fuera que, si los que militan para Dios padecían demasiada escasez de alimento o de vestido, se infil-

trara en ellos, como en los que murmuraban en el desierto, aquel veneno de las serpientes que solo se ahuyenta mirando la pasión del Señor. Pues aunque sabía que a los que temen a Dios nada les falta (Sal 34,10), ya que abundan o en bienes o en la sola paciencia con que vencen la penuria, procuraba sin embargo de todos modos evitar que los pequeños de Jesús se escandalizaran por el menor tropiezo. Pues, lleno de ojos por delante y por detrás (Ap 4,6), atendía a lo presente y a lo futuro, y no había empeño de la tradición eclesiástica o de la religión ante el cual la magnitud del trabajo pudiera arredrar su ánimo, ardiente en Dios.

7

Tres veces afrontó los peligros del mar para ver otras tantas Jerusalén, aunque fuese la terrena; no teniendo por cosa de poco contemplar con los ojos de la carne la tierra de promisión, donde, dejando atrás las figuras de los patriarcas y los oráculos de los profetas, pudiera contemplar con los ojos de la fe al mismo Dios hecho hombre, a quien ellos anunciaban, que abre los siete sellos de la humanidad asumida.

8

Gozaba de la amistad del ya mencionado padre Ulrico, como David de la de Samuel, y la cultivaba con frecuentes visitas mutuas. Y no sin razón: pues aquí un obispo fue elegido por medio de un obispo en el mismo Espíritu en que allí

un rey fue ungido por medio de un profeta. Hay en el territorio de Constanza un castillo llamado Laufen por la naturaleza de su emplazamiento; y estando allí juntos, un día, mientras admiraban la inmensa crecida del Rin, que allí se precipita como en un abismo y de allí vuelve a hervir con aspecto terrible, vieron dos aves que giraban con vuelo incesante en torno a las rocas en medio del río. Y una y otra vez, al desfallecer su giro, empezaban a ser casi arrastradas por la corriente, y emergiendo de nuevo ofrecían un espectáculo lastimoso a quienes las miraban. Pero no quedó por mucho tiempo frustrada la mirada de los santos sin que se resolviera el enigma: el Espíritu les enseñó que, bajo la forma de aves, almas aún no plenamente purificadas eran atormentadas con aquel género de tormento. Se apresuraron, pues, al celebradísimo auxilio de la mesa celestial; y Ulrico, como huésped, fue obligado a acercarse primero para inmolar la víctima de la vida. Aceptada esta por Dios, ya solo aparecía una avecilla; la otra víctima de salvación fue ofrecida por el señor de la casa, y la otra alma fue liberada con un tránsito semejante.

9

Además, que no le faltó al beatísimo Conrado el espíritu de profecía podemos deducirlo de lo que sigue. Había surgido un asunto, y para resolverlo salió de la casa en que se hallaba a deliberar con unos pocos. Gebhardo, joven de excelente índole, que fue el tercer obispo después de él, se había sentado por juego en su asiento, que

había quedado en medio; y sorprendido en él, oyó, no sin sonrojo, estas palabras del padre, que llegaba: «Demasiado pronto, Gebhardo —dijo—, te has apoderado de mi sede; antes de tiempo has invadido el lugar del pontífice. Me sucederá quien se siente en esta cátedra antes que tú.» Cuán verdadero fue esto, lo probó el desenlace. Pues, arrebatado de este mundo el varón de Dios, el bienaventurado Conrado, un tal Gamenoldo ocupó la sede vacante. Y muerto también este antes de cumplirse un lustro, Constanza obtuvo como pastor al dicho Gebhardo, verdadero heredero en todo de la santidad y las costumbres de su predecesor Conrado.

10

Referir algunas de sus virtudes no lo permite en modo alguno la estrechez de una carta, sobre todo porque se las cree tan grandes que la materia de su alabanza parece no tolerar la brevedad. Por fin, apresurándose la pluma hacia el tránsito del padre Conrado, de entre las muchas cosas que podrían decirse para honra de Dios en los hechos de su pontífice, póngase una sola, que se juzgue digna de ser referida tanto para imitación como para admiración. Había llegado el día de la alegría pascual, en el que este varón, en la solemne celebración de la misa, ofreció a Dios Padre el Cordero, por cuya sangre se purifican tanto el dintel de nuestra intención como los postes del cuerpo y del alma. Recibido, pues, el sacramento del cuerpo del Señor, se llegó a la participación de su sangre. El cáliz, según la cos-

tumbre, estaba cubierto con la patena; se vio que una araña había caído en el licor de la vida. El animal amenazaba de muerte al hombre exterior, pero entretanto este era vivificado por la bebida inmortal. ¿Qué hizo el ministro del convite celestial? Ceñido de una fe suprema, nada tuvo en esto por mortal, nada por funesto; consumió con avidez tanto lo que era sacramento como lo que era exterminio, sin olvidar que el veneno de la antigua serpiente había sido anulado por el antídoto de la pasión del Señor. Habrías visto palidecer a los que lo asistían en este ministerio y señalar a los circunstantes el peligro de muerte que, según sospechaban, amenazaba al obispo. Todos a una se entristecían y temían; el día de gozo se tornó en duelo. Sin embargo, terminada la distribución de la comunión, contra la esperanza de todos se acercó a la mesa para reponer sus miembros extenuados por los ayunos, pero estuvo sentado un buen rato sin probar bocado. Le preguntaron en voz baja qué pensaba hacer. «Espero —dijo— a un huésped que llegará en breve.» Y reclinando la cabeza sobre la mesa, dio salida a la araña por la boca abierta; ella no había podido ni morir en el hombre de Dios ni causarle la muerte. Cuán grande fue entonces el júbilo de los comensales, cuánta la admiración que surgió ante la constancia del varón, concíbalo el lector en su ánimo antes que exigir que se exprese con palabras.

11

Finalmente, el bienaventurado Conrado, lleno de días, terminó la carrera, guardó la fe, y en

adelante había de recibir del Señor, justo juez, la corona de justicia que le estaba reservada (2 Tim 4,7-8). Pasó de las tinieblas de este destierro el sexto día antes de las calendas de diciembre, en el año novecientos setenta y seis de la encarnación del Señor y cuadragésimo segundo de su episcopado, habiendo atravesado felizmente con el progreso de las virtudes el vastísimo desierto del mundo, como bajo este número de campamentos. Asumido así su espíritu a la patria celestial, su santo cuerpo fue sepultado con toda reverencia delante de la iglesia de san Mauricio mártir, que él mismo construyó y en la que, como ya dijimos, adornó con obra admirable el sepulcro del Señor.

12

Los insignes milagros del bienaventurado pontífice Conrado, que creemos fueron innumerables también en esta vida, son conocidos en nuestros tiempos en escaso número por la negligencia de los escritores; y por eso hemos omitido encomendar por escrito a la posteridad los que conocimos por testimonio menos fidedigno; sobre todo porque sus méritos no necesitan de testimonios antiguos, ya que se proclaman siempre de nuevo junto a su sepulcro por la gracia de toda clase de curaciones.

13

Para referir, pues, algunos de ellos: hemos visto allí a dos ciegos de nacimiento iluminados en

distintas ocasiones; y se cumplieron las promesas de la Verdad: El que cree en mí —dice— hará también él las obras que yo hago (Jn 14,12). Pues Cristo devolvió la vista a un ciego de nacimiento; y lo que los fariseos, que lo calumniaban, no pueden hacer bajo Moisés, Conrado, en cambio, por medio de Jesús lo puede y lo podrá.

14

Se cuenta que un hombre, privado durante cuatro años del uso de ambos pies, anduvo durante seis meses en torno a la memoria de este varón sostenido por muletas, y perseveró noche y día en frecuentes oraciones para alcanzar la salud. Allí, un día en que, apoyado en sus pasos de madera, se entregaba con mayor atención a su acostumbrada oración, se le nubló de pronto la vista, se le entumecieron las manos, perdió las fuerzas, se le escaparon las muletas y el hombre cayó. Acudieron los presentes, quisieron levantar al caído y, como permanecía sin voz ni movimiento, lo creyeron muerto. Pero cuando, dispuestos a celebrar sus exequias, levantaron el cadáver, he aquí que vieron al medio muerto abrir poco a poco los ojos y, con mayor alegría, extender las piernas, hasta entonces encorvadas. Restablecido, pues, por entero en un instante, el hombre acrecentó a la vez la alabanza a Dios y la fe de los mortales.

15

Aunque los signos no se dan a los fieles, sino a los infieles (1 Cor 14,22), a veces también los creyentes son estimulados con la gracia de las curaciones, para que crezcan en la fe, para que progresen en la esperanza de la eternidad y en el fervor de la caridad. Un muchacho, debilitado por una larga dolencia corporal, se arrastraba con manos y pies, fuera del modo de andar humano. Movido por la fama de los beneficios del bienaventurado varón, suplicó con insistencia a su padre que lo llevase a Constanza. El padre, alegrándose de la fe de su hijo, accedió a la petición. Llevado, pues, en una barquilla al lugar deseado, fue transportado en una pequeña jaula y depositado, como cosa inmóvil, ante la tumba del prelado. Luego, hecha la ofrenda, lo sacaron de ella, de modo que los presentes se compadecían de su mísera condición. Habrías visto a un hombre arrastrarse a la manera de un cuadrúpedo; y como al entrar en el santuario le estorbaba el borde del umbral o de las gradas, se veía obligado a extender las rodillas torcidas. Subiendo con tal esfuerzo, llegó al altar de la Madre de Dios; y allí, para ofrecer su pequeño don, comenzó primero a agarrarse a él, luego a alcanzar con las manos más arriba, hasta que cumplió sus votos. De este modo, el ser que andaba inclinado hacia el suelo quedó erguido, y el padre recibió, en lugar de un hombre deforme, a su hijo íntegro. Habrías creído que la Madre del Señor había concedido esto, si la fe más sencilla del sanado hubiese concordado con ello. Pero que Conrado pudo hacerlo por medio de ella y con ella, nadie lo duda; por eso no sin razón se atribu-

ye a ambos lo que el necesitado obtiene, de una parte en esperanza, de la otra en realidad.

16

Vimos a una mujer, tan contraída que las plantas de los pies le surcaban las nalgas, revolcarse en torno al mausoleo del padre tantas veces nombrado, e implorar durante algunos días su intercesión con todo su empeño. Restituida a su antigua capacidad de andar, fue durante muchos años, en aquel lugar, testimonio de la curación obtenida.

17

Otra mujer, consumida por una enfermedad de diez años, llegó al extremo de que le brotaba peligrosamente el pus de las úlceras tanto del costado izquierdo como del cuello. Al fin aquel flujo execrable se secó un tanto, pero quedó consumido el brazo, con la mano, del mismo lado. Después vio muchas veces en sueños que se hallaba ante la memoria del bienaventurado varón y que se retiraba de allí curada. Al despertar, se entristecía de aquella salud imaginaria, pero se consolaba con cierta esperanza más oculta. Con esta esperanza entró en la ciudad junto con otros a quienes había atraído la festividad de aquel tiempo; y mientras sus compañeros se apresuraban a la iglesia, ella sola quedó retenida en el hospedaje por la vergüenza de su desnudez. ¡Oh admirables, oh asombrosos juicios del Creador! Pues muchos no lo saben: sanísimos, abundan

en riquezas, están desnudos de justicia y andan adornados de gemas y de púrpura; esta pobrecilla, en cambio, afligida por durísimos tormentos, se ocultaba avergonzada como Adán desnudo, salvo que él se dolía de su expulsión del paraíso, y ella de su apartamiento de la iglesia; ambos, sin embargo, sujetos a la muerte y por ello a la confusión del pudor. Como la pobreza mantenía a esta mujercita alejada de los lugares públicos, la desdichada se atormentaba con un doble dolor, el de la esperanza frustrada y el de la mendicidad, y con ríos abundantísimos de lágrimas movió a piedad y compasión a algunos que la conocían. Reunidas, pues, ropas con fervor popular, fue vestida; y una numerosa muchedumbre la condujo ante aquel que hasta entonces se le había presentado en visión. Sobre su sarcófago, ofreciendo la mano seca sostenida por la derecha, hizo con plena fe un sacrificio de su miseria. Y no tardó mucho en ser escuchada su súplica: la mano, junto con el brazo, recibió de nuevo movimiento y vida, y ella la retiró.

18

Asimismo, una muchacha acompañaba a la innumerable multitud que confluía a este lugar; desde el seno materno la atormentaban los dedos retorcidos contra la palma. Curada al instante, salió, por ligereza o por simpleza, ocultando lo ocurrido. Al punto la invadió su anterior dolencia; manca, vacilante por el excesivo estupor, se veía en peligro. Pero volvió enseguida, confesó lo

que había ocultado y, con admiración de todos, recibió de nuevo la salud que había perdido.

19

Un francés de Poitiers, cojo desde hacía doce años, llegó a la ciudad de Constanza, peregrino de avanzada edad. No se sostenía, como es habitual, con una pata de madera en lugar de un pie; sino que, con muletas que le rozaban las axilas, andaba con tres pies. Pues, seca la pierna con el pie y reducida casi a la delgadez de una caña, todo el humor nocivo se había acumulado en la corva, y por ello la rodilla se había hinchado enormemente. Permaneció, pues, seis meses en la ciudad y, al ver tantos beneficios de curaciones, se animó con la esperanza de recobrar la salud. Frecuentaba la iglesia y suplicaba humildemente que el santo padre se compadeciera de él, que llevaba ya mucho tiempo en el dolor y venía de tierras lejanas. Entretanto llegó la santísima noche de Pentecostés, que pasó devotamente en vela junto a su sepulcro. Llegados a las vigilias de maitines, dichos miembros, muertos desde hacía tiempo, comenzaron a retorcerse con un nuevo tormento, de modo que ya le afligía más el repentino dolor que la privación de andar. En breve perdió el sentido, y le fue quitada incluso la voz. Llegaba la hora de cantar el cántico «Te Deum laudamus», y el hombre recobraba las fuerzas junto con su modo natural de andar. Se alabó, pues, a Dios con humilde júbilo, mientras el Espíritu Paráclito consolaba a todos tanto con su propia fiesta como con la liberación de aquel hombre.

20

A un muchacho que pertenecía al clero, pero estaba debilitado por una parálisis prematura, lo llevaron sus padres a este patrono. Y como no eran de humilde linaje, se reunieron muchos que se dolían tanto de la aflicción del muchacho como de la de sus padres. Rodeados, pues, de no poca gente, expusieron a su enfermo ante la memoria del varón de Dios y se postraron en tierra suplicando por él. ¿Qué más? Su fe fue mirada desde lo alto, el enfermo fue levantado por los méritos de Conrado, el Sumo Sacerdote fue honrado en el ministro del tabernáculo más perfecto, y se proclamó a Dios admirable en sus santos (Sal 68,36).

21

En cierto monasterio de monjas, dos vírgenes padecían diversas enfermedades: una, por un vómito persistente, no retenía alimento desde hacía ocho meses y se la daba por desahuciada; la otra, postrada por una gravísima parálisis, estaba en peligro. Al conocer la fama de los prodigios de este padre, una piadosa esperanza las sacó de los mismos cerrojos del claustro, pero la vergüenza, tanto por la enfermedad como por su tierna edad, las apartaba de presentarse en público. Aguardaron, pues, la noche, que había de resolver esta vacilación, y en ella, puestas en una nave, llegaron a la ciudad en la primera vigilia, pues no distaban mucho. Introducidas y puestas como ante los pies mismos del prelado, se postraron con fe plenísima; y pasando allí la noche, derramaron entre

lágrimas sus súplicas por la salud largo tiempo esperada. Se conserva en aquel mismo lugar, hasta hoy, con la debida veneración, una copa de madera del mencionado varón; y cuando con sumo anhelo probaron de ella un poco de agua, una fuerza celestial acompañó al agua y obró en ellas una curación perfecta. Por todas partes se elevaron al cielo voces de alabanza; pues con la misma alegría con que las acompañaron el clero y el pueblo de la ciudad, fueron recibidas sanas por sus hermanas.

22

Vimos también a otra, paralítica desde la infancia y curada allí ya en edad adulta. Olvidada de la gracia obtenida, andaba vagando con demasiada desenvoltura; y perdida la virginidad, quedó encinta de un clérigo profeso. Así, concibió dolor y dio a luz iniquidad (Sal 7,15), pues al punto volvió a revestirse de la confusión de su antigua debilidad. La desdichada se vio forzada a la penitencia, volvió a buscar la clemencia del padre Conrado y, curada de nuevo por él, obtuvo el perdón. Sin embargo, después nunca se restableció del todo, para que sus miembros más débiles lloraran la integridad de su alma violada.

23

Ya el insigne varón, por la fama que de él corría, no solo era frecuentado por los enfermos allí donde reposa, sino que en cualquier lugar de la tierra se imploraba e invocaba su auxilio en

toda clase de angustias. Así, un joven que una vez, al atardecer, quiso atravesar el río Thur por un vado no practicado, quedó de pronto atrapado en el fondo cenagoso y entre raíces de árboles amontonadas por la corriente. Lo empujaba la corriente más fuerte, y como, atrapado, no hallaba modo de resistir ni de desviarse hacia ninguna parte, abrió ambas piernas para nadar. Surcaba el río con las manos, pero, inmóviles los pies, el ímpetu del agua y la maleza le cubrieron la cabeza. Quienes guardaban en la orilla la ropa que se había quitado para entrar desnudo, atónitos, llamaron a grandes gritos a los padres del joven. Sus dos hermanas —pues acompañaban al hermano sumergido— refirieron entre sollozos y con voz entrecortada el lamentable suceso; se mostró el lugar del peligro, se corrió de un lado a otro, se buscó, y no se le halló. Toda la aldea, sacudida por los alaridos de quienes gritaban, acudió corriendo; y como el buscado no aparecía, se trabajó con redes para recobrar al menos el cadáver y darle sepultura. Ya se echaban encima las tinieblas de la noche, que ponían fin a la búsqueda y negaban la esperanza de hallarlo. Por voto común de todos, pues, el hombre fue encomendado al especial patrocinio del bienaventurado Conrado, ya en el cuerpo, ya fuera del cuerpo (2 Cor 12,2), y así se volvió a los tristes hogares. Transcurrida la tercera parte de la primera vigilia de la noche, he aquí que el agua, más pesada, como indignada por el obstáculo, se recogió en una especie de remolino en torno al ser que se le oponía, e irrumpiendo con este ímpetu sinuoso, lo transportó

a la orilla de enfrente. Llegado a tierra, contemplaba con asombro lo seco como algo ajeno a él; no sospechaba en modo alguno que el agua, que no había podido extinguirlo, fuera contraria a su naturaleza, puesto que al Creador lo sirven ambas por igual, ya para la vida, ya para la muerte. Además, dudando consigo mismo sobre el cambio de las cosas y por qué padecía estas tinieblas quien se había hundido en las aguas a plena luz del día, estimaba brevísima, invertido el orden, la larga demora de su peligro, siendo así que, por el contrario, todo lo deleitoso se tiene por breve y todo lo peligroso por largo. Vuelto por fin en sí, regresó a casa, sin acordarse todavía de su desnudez. Reconocido, sin embargo, como hijo, fue recibido en los brazos de sus padres. Amaneció el día siguiente y, como salido de los infiernos, se vio rodeado por una multitud que se agolpaba sobre él como sobre un mensajero del otro mundo; le preguntaban qué le había ocurrido y cómo había escapado. No se halló, pues, tras no pequeña indagación, otro modo de su salvación que el que, por la fe concorde de todos, se probó verdaderísimo: que fue liberado sin duda por los méritos de aquel a quien, desprovisto de todo auxilio humano, había sido singularmente encomendado.